

Ahora podemos hablar

Pedro Francke

Una de las características centrales de los últimos meses ha sido que, aún cuando la recesión se ha instalado en el país y la política económica no ha servido para reactivarla, el debate sobre este tema ha sido escaso. La razón: la escena política ha estado dominada por el tema de la democracia. Ahora, con la renuncia de Fujimori y la posibilidad de unas elecciones limpias, las cosas empezarán a cambiar.

¿En qué ha consistido la política económica del fujimorismo y qué ha logrado? Sus líneas maestras han sido: 1) liberalización y privatización, reduciendo el rol del Estado en la economía, y 2) una política macroeconómica de libre flujo de capitales, reducción del déficit fiscal y tipo de cambio sobrevaluado.

El modelo tuvo un éxito relativo hasta 1997, logrando reducir la inflación y retomar el crecimiento económico. Pero no logró un aumento importante del empleo ni una caída sustantiva de la pobreza. Fue un éxito pero para unos pocos.

Sin embargo, este relativo éxito se logró en un contexto internacional muy particular, cuando los capitales inundaban a los 'países emergentes' y regresaban a Latinoamérica en masa tras una década de retiro en los 80s. Es en ese contexto que el fin de la hiperinflación, la liberalización y la privatización, así como la derrota del terrorismo, permitieron una entrada masiva de capitales. Fue esta entrada de capitales la que dinamizó la economía y permitió que nuestras reservas internacionales aumentaran.

Pero, usando el símil de un edición de AE de 1994, este modelo era como estar "corriendo sobre canicas": en cualquier momento podía darse un trastazo y caerse al suelo. Porque resulta que los flujos de capitales, desde tiempos inmemoriales, son inestables, y la política económica promovió el ingreso de los más volátiles de todos, los de corto plazo.

Cuando se corre sobre canicas, se sabe que la situación es inestable y que se puede caer al suelo, pero no se sabe cuándo. Pues, tras trastabillar desde 1997, la caída sucedió a fines de 1998. Tras la crisis asiática le siguió la crisis rusa y luego la brasileña, y los capitales dejaron de venir a Latinoamérica. Se espantaron y es poco probable de que vuelvan en los próximos años, aunque la situación no va a estar tan dura como en los dos últimos años.

En síntesis, el balance del neoliberalismo peruano de los 90 indica un éxito relativo en cuanto a crecimiento económico, hecho posible en una coyuntura internacional peculiar. Cuando cambió el contexto internacional, el modelo hizo agua.

Neoliberalismo: Tras de mí, el diluvio

El punto de vista del neoliberalismo peruano frente a esta debacle ha sido presentar las cosas al revés y buscar más de lo mismo. Desde este punto de vista, representado nítidamente por Roberto Abusada y Friz Dubois, la crisis se ha debido a que el fujimorismo no fue suficientemente neoliberal después de 1995. Los ex-asesores de Boloña y Camet coinciden en que ha sido la actitud de los capitalistas de no invertir en el Perú la que ha provocado la crisis, pero pretenden que eso se debe a que no hubieron más privatizaciones. Olvidan que durante 1999, los capitales se retiraron de toda América Latina, del mismo modo que ocultan que cuando vinieron los capitales entre 1993 y 1997, vinieron a toda América Latina.

Su punto de vista es, entonces, que hay que privatizar más y ser más austeros en el manejo fiscal. La evolución de la economía depende enteramente de la actitud de los inversionistas, y debemos hacer lo que ellos quieren. Hay que darles confianza, y eso se logra, desde este punto de vista, dándoles condiciones favorables a la inversión: empresas públicas rematadas, impuestos bajos, mano de obra barata, Estado inexistente. Hagan, señores inversionistas, lo que quieran.

Una política de tal tipo trae dos consecuencias para el país. Cuando los capitales vengan, habrá crecimiento pero sin empleo, como en los mejores años de los noventas. Y cuando no vengan, pues habrá que privatizar más, reducir más los costos laborales y la seguridad social, bajar impuestos y dar menos educación. Y cuando eso se acabe, mala suerte, nos hundiremos y entraremos en crisis a merced del movimiento de capitales. En otras palabras, crecimiento sin desarrollo ni estabilización.

Primer punto: políticas promotoras

Un primer aspecto de crítica al neoliberalismo y de construcción de una alternativa es el relativo a la necesidad de una intervención en la economía para promover determinadas actividades económicas. Esto es un anatema para el neoliberalismo fundamentalista, para Boloña y Abusada - que por supuesto se callan en todos los idiomas cuando se trata de rescatar a sus empresas-. Desde su postura, cualquier intervención del Estado en la economía es dañina, y si el Estado decide promover algunas actividades -digamos el turismo o la ubicación de empresas fuera de Lima- está quitándole recursos y aumentando costos a otros sectores, generando ineficiencias.

La experiencia, sin embargo, ha mostrado para todo el que quiera ver, que la minería no genera tantos puestos de trabajo como el turismo, y que la competitividad internacional requiere una promoción estatal. El empleo es una demanda nacional que el neoliberalismo no ha satisfecho, entre otras cosas, por su sesgo anti-industrial y pro-minero.

La cuestión de poner especial énfasis en algunos sectores de la economía, felizmente, parece ser un elemento de una política de desarrollo que ha ganado ya amplio consenso. En las pasadas elecciones, todos los grupos importantes, incluyendo al fujimorismo - que fue quien más lo elaboró en la campaña de la segunda vuelta - y pasando por

Andrade, Castañeda y Toledo, hicieron planteamientos de este estilo.

Hay, sin embargo, mucho pan que rebanar en este terreno. El turismo, los textiles y algunos sectores agrícolas y agroindustriales parecen los mejores candidatos; políticas orientadas hacia el mercado externo y concertadas con los interesados parecen las más convenientes. Empero, una de las nefastas herencias del neoliberalismo es la falta de estudio y debates sobre la política de desarrollo, y entre otros temas, respecto de qué sectores y regiones priorizar, qué conexiones desarrollar entre ellos y qué instrumentos de política utilizar.

Segundo punto: la política macroeconómica

Así como en el primer tema hay amplio consenso sobre la necesidad de un cambio, y alguno sobre las orientaciones a tomar, mucho menos se ha avanzado en el tema de la política macroeconómica. Y es determinante.

El punto más importante al respecto es relativo a los objetivos y medios de la política macro. Para el neoliberalismo, sólo importa que no haya inflación. Desde este punto de vista, la década pasada es una década exitosa. No importa que hubo años en que la economía creció 12 por ciento y otros en los que la industria decreció 6 por ciento, que ello ha desempleado a miles de personas y puesto a sus familias en una condición muy difícil, que cientos de empresas quiebran y el Estado tuvo que meterse a rescatar bancos. Así que éste es nuestro primer debate, uno que ojalá algún día entre en la escena política: necesitamos una política económica que busque una inflación baja, pero también un crecimiento estable y más acelerado, y lo primero no lleva necesariamente a lo segundo -aunque sin duda ayuda.

Las consecuencias de este problema no han sido aún adecuadamente valoradas. La inestabilidad económica tiene grandes repercusiones negativas sobre la vida en sociedad, que van desde la dificultad en establecer derechos sociales para la población -cuando la industria cae 10 por ciento es muy difícil mantener el empleo, y el Estado tiene dificultades en sostener los programas sociales necesarios - hasta la inestabilidad política -drásticos cambios en la opinión pública respecto de los dirigentes políticos y descrédito de la democracia-. Y también tiene implicancias económicas de largo plazo, ya que estas fluctuaciones dañan nuestras posibilidades de desarrollo.

El segundo aspecto en este terreno es cómo lograrlo. Como hemos dicho, para el neoliberalismo el tema es la confianza. Si el problema es que los inversionistas cambian de opinión con facilidad, y ahora no quieren venir, pues hay que convencerlos de que regresen. Su receta es reformas estructurales y reducción del Estado, otorgando mejores condiciones a los inversionistas y aumentando la capacidad de pago de la deuda externa. El problema es que el ajuste fiscal reduce la demanda interna, agravando la crisis. Y no terminan de convencer a los capitales a que regresen. Así, esta política termina agudizando la recesión. Al final, incluso el costo fiscal termina siendo más alto cuando hay que entrar a rescatar bancos quebrados.

Hay que aplicar una política macroeconómica que administre la demanda agregada,

como lo hacen todos los países desarrollados, y no que confíe en los inversionistas que, como decía Keynes, tienen “espíritus animales”. Esto implica aumentar el déficit fiscal y el crédito interno cuando la recesión llega, y reducirlos cuando hay un crecimiento acelerado, manteniendo un equilibrio de largo plazo en el endeudamiento público y la cantidad de dinero.

El gran debate aquí es nuevamente sobre el rol del Estado. Para el neoliberalismo, el Estado latinoamericano siempre actúa mal, y por eso mejor es renunciar a cualquier posibilidad de regular la economía. Su propuesta estructural en este terreno es la de la dolarización completa, como ha hecho Ecuador y propuso Menem en Argentina, que elimina las posibilidades de hacer política monetaria y amarra definitivamente el comportamiento macro al flujo de capitales. Quienes por el contrario pensamos que el Estado debe tener un manejo macroeconómico que estabilice la economía de estos erráticos movimientos de capitales, debemos plantear el objetivo de desdolarizar la economía peruana que devuelva la potencia a la política monetaria.

La conexión macro-micro

Existe además una conexión entre la política macroeconómica y la estrategia de desarrollo, cuyo nodo central es el tipo de cambio. En el neoliberalismo peruano, el tipo de cambio retrasado ha sido posible por la entrada masiva de capitales, y cuando estos se retiraron, por la pérdida de reservas y la recesión (que redujo las importaciones). Al mismo tiempo, tal retraso cambiario ha limitado la competitividad industrial, aunque no afectó a la minería basada en grandes depósitos de mineral y bajísimos costos en la extracción del oro.

En el corto plazo, el tipo de cambio retrasado hará que cualquier reactivación genere un tremendo aumento de las importaciones, desequilibrando la balanza de pagos y haciéndola insostenible. En el largo plazo, nos mantendría en la senda primario-exportadora. Una devaluación real resulta indispensable para retomar el crecimiento y generar empleo.

Pero al mismo tiempo resulta delicadísima. Aumentará el valor de las deudas dolarizadas, y también empeorará la situación fiscal, dados los pagos de la deuda externa. Este es probablemente el tema más agudo que enfrentará la economía peruana en los próximos años si queremos salir del entrampamiento actual, y se requiere un debate mucho más amplio al respecto. Los políticos, sin embargo, no han tomado conciencia de la pesada herencia de la dolarización que nos deja el fujimorato.

Los ejes del debate

El rol del Estado en la economía sigue siendo el gran debate. Las políticas de promoción sectoriales y regionales, la estabilidad macroeconómica y el tipo de cambio son los grandes temas, aunque hay muchos más. El debate recién empieza, y hay varios problemas que recién vamos a empezar a enfrentar. El retraso en idear cómo lograr el desarrollo económico es una de las herencias más pesadas de la dictadura que se va.

RECUADRO

Las dos entradas al tema de la democracia desde la economía

En los últimos meses, la democracia ha pasado a considerarse como una necesidad para la economía, por ser un elemento clave para generar la confianza de los inversionistas. Así, se argumenta que la falta de democracia ha hecho que se vea al Perú como un país inestable e inseguro, ahuyentando a los capitales. Es un buen argumento, pero no parece ser cierto y nos lleva por mal camino.

No es fácil medir si los inversionistas confían más o menos en el país. La única medida es la diferencia entre la tasa de interés de los bonos peruanos en el exterior, y los de otros países latinoamericanos, y tal diferencia no ha variado. Hasta ahora, nos movemos junto a la región. Por otro lado, viendo la experiencia internacional, los capitales no se mueven por la democracia: estuvieron 30 años en Indonesia con Suharto, y siguen en Singapur, entraron al Chile de Pinochet y al Brasil de los militares. No hay tal relación democracia - ingreso de capitales; entre otras razones, porque también existe la paz de los cementerios. Es que el argumento es de doble filo: si el objetivo es estabilidad para que vengan los capitales, también puede pensarse que ello se logra aplastando cualquier protesta.

La democracia es importante para el desarrollo económico peruano si éste se piensa de otra manera, no cómo resultado exclusivo del comportamiento de los capitalistas principalmente extranjeros, sino como la confluencia de esfuerzos de diversos actores económicos, incluyendo a los trabajadores y pequeños empresarios, conjugados por el Estado.

Por ejemplo, cuando pensamos en establecer políticas de promoción de determinadas regiones y sectores económicos, tanto en la selección de los mismos, como en cuanto a que las medidas adoptadas sean consensuadas y compartidos con los actores que operan en ellos. La única forma de evitar que tales medidas sean utilizadas en forma privada para el enriquecimiento particular sin beneficios sociales, es la discusión abierta y la transparencia de la información (como debería suceder en lo inmediato con el rescate bancario).